

Blanco Villalta

Una fiesta de la renovación y la venganza en tierra guaraní

EN EL AÑO 1539

(Especial para «Atenea»)



OR el campo de estrellas los ñandúes blancos cumplen su ronda. Bosteza el gemelo mítico (1), siente el blandor de las cavidades del sueño en que hallará efímero reposo a sus aventuras proteicas y a su viaje sin fin. Abajo, el mar de vegetación se baña en su rielaje tenue. Vivos metálicos ondulan al contorno de las formas prensadas de obscuridad.

En hondos asiéntanse geometrías albeantes, a cuyos términos lianas, pitones de ceniza, se enroscan en los troncos. En el ámbito del bosque percute un estertor velado; crece en intensidad por períodos. Sobresalta el ánimo de los árboles del luctuoso son, que decrece luego en su ritmo sincopado de corazón en agonía. Vuelve ahora en espirales rozando las raigambres, ex-

(1) Alusiones a la Vía Láctea y al astro nocturno.

tendido su volumen por un cántico sordo, que marca su acento en la voz del tambor. Incallable, fúnebre, la cadencia se apodera de todas las cosas, les bate los huesos. Los muertos lucífugos que no han topado la troza, aquellos perseguidos por los homúnculos deformes y perversos, se refugian bajo el aspecto de pajaracos impuros, en las copas más altas.

Las ondas rítmicas se cierran en el regazo de una colina inmovilizada por laberintos de fronda. Late allí la velada lustral. Antorchas moribundas arrastran su resplandor humeante por los muros de la aldea; impregnan las calaveras encasquetadas en verales a la puerta de las chozas, los signos blancos de ventrudos tinajones chicheros, los cuerpos tirados por todos los ángulos.

Enervantes, los batimientos del curugú acortan el plazo de aquello que no puede evitarse. El coro repite la melodía descendente hasta morir en resollante compás; mas el ritmo fatídico que el tambor engendra estruja con su obsesión a los condenados, tendidos en hamacas dentro de la casilla de bambúes, muy junto a la plaza y a las antorchas. El silencio mismo se conturba.

En la maloca construída bajo el norte, mujeres untado el cuerpo de pintura negra, con rosetones de plumas de avestruz en la cintura, sacerdotisas de un culto sangriento, hieráticas en sus ademanes exactos, bailan en torno a la maza del sacrificio, pendiente del techo. A cada golpe dado con un mazo de goma en el desco-

munal cugurú, martillean las bailarinas el suelo duro con el pie derecho, y el círculo gira insensiblemente abanicando su plumaje. El canto litúrgico insiste, se dilata el triste mugir, cae en el parche el mazo asido por el brazo de un ser invisible, el hacha que danza sus flores de ceibo en los torsos brillosos le deja sumido en lo negro.

Transcurren los momentos postreros de la noche consagrada. Aun el vaho del alcohol conduce a los que duermen por el tropel de las imágenes febriles, en choques militares, en posiciones de voluptuosidad ardorosa, subconsciencia del instinto irredimible. Aun el sopor de la pasada orgía flota en la aldea. Las pipas caldeadas, los tiestos de vasos fragmentados en la exaltación nacida en el brevaje ceremonial yacen junto a las venas insufladas del éter que lleva a las regiones del ensueño, a los místicos cruceros donde las revelaciones de la tierra sin penas pueden ser oídas.

Reunidos los caciques vecinos, Cupiratí festeja el triunfo de sus huéspedes sobre los nunca antes humillados agaces, terribles señores del Pilcomayo, a cuyo arbitrio estuvo sometido el tránsito sobre el río Paraguay. De feroz condición guerrera, daban rebato a las grandes familias guaraníes vecinas de las costas. Habían incurrido en el error de atacar la flota de Alonso Cabrera, portadora del poder al jefe Domingo de Irala.

Los aliados blancos facilitaron, con el empuje de sus armas, la total derrota de los terribles canceros una noche de julio. En el teatro del combate los vencido-

res devoraron hasta el hartazgo a heridos y prisioneros; pináculo de la victoria ante la mirada de Irala. Enemigos cautivados incólumnes emprendieron en las piraguas el viaje del destino. Hicieron su entrada en los villajes que la felicidad excitaba, hasta aquél donde se apresuraran los solemnes preparativos para la fiesta de la inmitigable venganza.

Atravesados por las estridencias del múltiple instrumental, cuya graduación arrebatadora elevó a su crisis la borrachera mística, los últimos espasmos del festín deben bambolearse aún en los ecos lejanos. La procesión de participantes que recorrió la elipse desde la euforia a los espacios ultramundos, hizo estancia en todas las chozas; partió de una cuando las tinajas de chicha fueron exhaustas; se acercó a la vecina con los himnos de la mandioca, a las panojas doradas, a las vírgenes oficiantes en su fermentación. Las maracas, vestidas del carmín reglamentario en acontecimientos magnos, ascendían los escalones exaltados. Las coperas escanciaron al coro, que bailó y cantó. El estatismo indio se había transfigurado; contorsiones grotescas, aullidos, carcajadas satánicas, enajenamientos lúbricos, seguían al cortejo. El sentido religioso disgregábase, mas la choza de bambúes era un tabernáculo. Con el nuevo día los vencedores serían renovados, nutridos con el heroísmo y la substancia de los primeros.

La embriaguez dobló luego los talones, su beleño acalló todo movimiento. Sólo bailaban las veladoras en el parche del tambor.

Transiciones sutilísimas adivinanse. Atisbos de claridad erran por el plumaje de los ñandúes blancos. Sobre un aguachar rebrillan hojas rosadas. Vislúmbrense oguedales contra efluvios celeste-pálido. De pronto, la corona de plumas amarillas del hijo del dios oculto surge de la noche. Redobla el cugurú, enloquecido ahuyentando las sombras pegadas a los árboles; el canto concluye en frenética hosanna. No alcanzan los rayos luminosos a tocar la choza de bambúes, y ya en tumulto vibrante los que han de participar de la inmolación claman con vocerío y silbidos la presencia de las víctimas.

La diadema del sol irradia sobre la comitiva. Tañedores penetran en el foto rústico; tímpanos, tambores de madera, trompetas, flautas verticales de carrizo, las venerables de huesos de vencidos, producen un conjunto orquestal de intenso dinamismo que enardece los designios atávicos. El exigente ceremonial litúrgico ha previsto los gestos. La coreografía se aparea al canto. Mujeres pinturreadas con negros signos abstrusos, los pechos temblorosos, ondulando brevemente las caderas, con pasos cortos, un brazo en el talle, colgante el otro, preceden a los cautivos, a quienes traen amarrados del cuello con cuerdas blancas.

A su vista el aire se carga de tempestuosos alaridos. Vienen con el boato plúmeo que la tribu despliega y la magia dispone. Los pies con el rojo de urucú, el cuerpo negro untado con resina y recubierto de plumas diminutas, terciopelo tornasol a la luz del alba, el ros-

tro verdoso, mosaico hecho con cáscaras de huevos de un ave votiva. Llegados al centro del circo en medio del corro, las sacrificadoras descienden a la cintura de las víctimas expiatorias la soga, que anudan fuertemente, y cuyos extremos asen grupos de guerreros. Con caricia y lágrimas despiden a los condenados sus esposas de unos días.

Dos son los que ya saben su fin: ser comidos por esa muchedumbre, cuyos ojos de brasas le muerden las entrañas. Caerá primero el prisionero agaz, soberbia muestra de la raza del llano; descuella su mentón saliente por encima de todas las cabezas. Los dedos ingravidos de la desazón le tiran los nervios del rostro, de las manos; blanden la aguijada del miedo y le pican el corazón, que da brincos y se lanza en vertiginosa carrera, sin lograr huir. Chisporrotea la base de la hoguera próxima; sobre ésta, nubes de humarazo se balancean y al impulso del aire entupen la nariz del agaz. Tose. La idealidad antropofágica de ese pueblo le espanta; desgarradora es la certitud del fin horrendo que su aventura vive. Restos de entereza son zapa-dos por el rito que prolonga su refinamiento.

Danzan los reflejos del sol en el enmarañado colorido de la plaza, en los arpones sonoros que recruzan la atmósfera del tétrico festival. Prismas esplendentes, las flores pensiles destellan el nacimiento de la primavera. Grupos de mujeres corren alrededor de las víctimas, les gritan al rostro que serán devorados, les señalan el astro emplumado al que no volverán jamás a ver.

Un espacio de silencio preludia el acto transcendental. Hace su aparición un coro de viejas, afligidas por los estigmas repugnantes que las pezuñas del tiempo socavan en la carne. Cruzado por garabatos negros el cuerpo, colgantes de la sequedad del cuello collares de dientes humanos, ocultas las estragadas caderas en paños estrechos, avanzan al compás del tamborileo sobre las vasijas de que son portadoras, en una danza imagen de la muerte. Vienen a buscar las asaduras y la sangre de los guerreros, la esencia vital de éstos ejerce incontenible atracción en sus maxilares caníbales, creen vigorizarse los músculos pendientes y fríos, los enquistamientos, al ingerir trozos de juventud.

Todas las miradas se vuelven hacia la maloca del norte, desde cuya puerta otra anciana, presa del frenesí, inicia un desbarajustado trote, en alto la maza de la expiación.

Tras cortos instantes los ejecutores se muestran, encuadrado por su séquito danzante de flautistas, bocineros, atambores. Son los ungidos, encarnaciones del vengativo espíritu de la tribu, símbolo de su pujanza militar. Bailan contrahaciendo los gestos del buitre, los brazos alzados, la cabeza avanzada, dando saltos. Bajo el casco de plumas, en la cara tintada de carmín, los ojos redondos de ave carnicera fulguran. Los mantos de plumas rojas de ibis ondean ofuscadores.

Ahora el siniestro vampiro está frente a su presa. Calla espantosamente el concurso. El cacique pone en las manos predestinadas la maza ritual. Anudado en la

cuerda que tiran los victimarios, el prisionero agaz, los brazos caídos, respirando aceleradamente, mira desde su fuerza inútil el odio que le ciñe. Golpes secos sueñan en sus flancos, las rodillas aflojan, el cuerpo de atlético equilibrio se desmorona. Sobre el jardín de plumas, la multicolor arma esgrimida a dos manos queda inmóvil unos segundos... luego, al abatirse, se oye el ruido de una ánfora que se quiebra.

El júbilo ensordece; silbos, tañidos agudos, gritería sin freno acompaña al cadáver arrastrado por las viejas hacia la hoguera, los asadores de palo, las ollas.

Vuelve el silencio, al que traspasa olor a muerte. En las vasijas gorgotea la sangre del caído... El segundo sentenciado enfrenta su límite. Nada le diferencia de quienes se regodean en el inminente festín de sus cuartos. Pertenece a la casta tupiguaraní, extensamente difundida. Idioma ni raza impiden las guerras tribales, que viejos rencores atizan. Parecidos actos de canibalismo lustral suceden a la victoria y fomentan el desquite de los vencidos. Firme, sereno, espera. Salió de la niñez impregnado con el clamor rojo de las fiestas de la renovación y la venganza. No teme al rito. Se batió con denuedo, vistió una vez la capa de ibis. Los sacerdotes han visto en él a un elegido para la morada feliz. Está dispuesto. Su muerte no será olvidada en la taba distante; se recordará que cayó en tierra enemiga. Contempla las ondas verdes del bosque cuajadas de oro, y las flores pensiles, que también han de morir...

En el infierno de la gritería yace el guerrero contra el polvo, con el festón rojo en torno a su cabeza.

Las hermanas de los sacrificadores dan voces anunciando el nuevo nombre adoptado por éstos. Cambian de personalidad y se evaden así de la persecución de los caídos.